

Editorial

Procuren, si son cantores,
el cantar con sentimiento;
no tiemplan el instrumento
por el solo gusto de hablar.
Y acostúmbrense a cantar
en cosas de jundamento.

Estrofa del *Martín Fierro*, de José Hernández,
citada en el editorial del primer número
de la revista *Martín Fierro*,
año I, N° I, febrero de 1924, Buenos Aires.

Diez números de una revista con las características de *Apuntes de Investigación* habilitan la posibilidad de alguna mínima reflexión acerca de la trayectoria, y de cómo ésta estuvo alumbrada por una persistente intencionalidad de actualizar un par de ideas fuertes sobre la relación entre las ciencias sociales y la política. Y es por esto que la utilización de una "cita citada" en el epígrafe no obedece a una simple e inútil sinceridad de lector de segunda mano, sino que quiere sugerir fuertemente una estrategia de lectura que le da sentido a esa relación. Allí están los ejes fundamentales que se propuso hacer visibles en la experiencia de ocho años: formulación de preguntas que digan algo sobre la propia sociedad reafirmando para ello la autonomía del espacio cultural; relación productiva tanto con las tradiciones locales de las ciencias sociales, como con perspectivas del mundo cultural más amplio, y a la vez inclusión en las zonas más dinámicas de la comunidad internacional de las ciencias sociales.

En este mundo en la que hay debilidad de cuestiones trascendentes como las que, por lo menos retóricamente, compartirían las zonas dinámicas de las ciencias sociales, y que suponen perspectivas desnaturalizadoras sobre las formas de organización social y política, la intervención vulgarmente ideologizada supondría la reproducción y profundización de esa debilidad. Por eso, aunque suene a paradoja, la intervención en este panorama resulta tanto más productiva políticamente, cuanto más autónoma, cuanto más específica sea. Nosotros planteamos muy claramente desde el principio los problemas de pérdida de autonomía con respecto a la ingeniería política y a (llamémosla de este modo) la ingeniería tecnocrática. Estos dos modos de heteronomía estuvieron muy presentes en el mundo académico argentino

en las últimas dos décadas, entre otras cosas, por un significativo cambio político cultural que se sobreimprimía a la debilidad financiera de ese campo. También aclaramos los tantos frente a la confusión que iguala temas trascendentes a delirio especulativo.

En el editorial del número 1 de *Apuntes de Investigación* hay todo un programa marcado por la necesidad de evitar confusiones con mundos que estaban peligrosamente próximos. Decíamos en ese editorial que nos proponíamos “generar un ámbito de discusión y producción sostenido en concepciones del papel de las ciencias sociales que implican posicionamientos tanto en lo referente al específico ámbito académico y cultural, como a sus posibilidades de intervención en la vida pública [...], específicamente el grupo se propone relacionar dos aspectos que en la tradición de las ciencias sociales en la Argentina han tenido encuentros conflictivos y hasta han conformado identidades indiferenciadas: la investigación en ciencias sociales y la política, pensadas como un elemento constitutivo de la práctica de investigación. Este encuentro es posible y productivo cuando no se subordina la investigación a una mera ingeniería táctica encargada de proporcionar información técnica a gobernantes y funcionarios. Es en esa relación —obviamente necesaria y legítima en tanto oferta técnica— en donde las ciencias sociales pierden su carácter más prolífico y político. Sobre todo porque se trabaja encontrando respuestas técnicas a preguntas formuladas por otros. La actividad del grupo está dirigida a revalorizar la práctica de investigación sostenida en las grandes tradiciones de la teoría social y en las tradiciones intelectuales que en este país se formularon este tipo de preguntas. Es, entonces, resultado de una triple inserción. En primer lugar, en la historia intelectual y de las ciencias sociales de nuestro país y de América Latina. En segundo término, en los debates internacionales —tanto metodológicos, como teóricos o político-culturales—, en tanto estos contribuyen a pensar los problemas de la propia sociedad y, por último, en las urgencias de un presente social que exige pensar el mundo en transformación desde el bagaje adquirido por investigadores e intelectuales que persisten en su enfrentamiento con los automatismos del sentido común”. Y se reforzaba lo del primer punto apostando por un lado a un tipo de autonomía cultural que no quería confundirse con encierro académico, como así también a un estilo de trabajo que desconfiaba tanto del teoricismo especulativo que por estos lares suele ser las más de las veces una patética reafirmación del propio lugar cultural, una simple pelea por prestigios provincianos; como del empirismo vulgar. Decíamos que nuestra experiencia como grupo de trabajo quería estar amparada por “una identidad académica, pero también en las tradiciones intelectuales más amplias que produjeron conocimiento en nuestro país”, y que

esto suponía "la reivindicación del oficio, de la práctica de investigación, de la discusión intelectual, que se expresa en la idea de apuntes: hojas escritas y reescritas que trabajosamente buscan explicar algo de algo, que rechazan la concepción romántica de producción de conocimiento, que en muchos casos luchan por encontrar apenas, sólo una buena pregunta".

Por supuesto esto puede ser en el sentido fuerte, un programa, pero también, como ocurre en la mayoría de los casos, puede resultar apenas en retórica entusiasta de los primeros tiempos. Luego vienen las responsabilidades asociadas a la rutinización profesional y, en la práctica concreta, si la tarea proporciona un cierto placer y es capaz de otorgar un éxito relativo en el propio ámbito, por qué habrían de habilitarse elementos que generen prácticas que vayan más allá del trabajo que corresponde por destino social en algún azaroso lugar del mundo académico; por qué habrían de formularse interrogantes que atiendan a la pertinencia o no de ese trabajo en función de supuestos objetivos trascendentes. Además existe una productiva caja de herramientas que permite diagnosticar, sin demasiados equívocos, que la debilidad de algunos de esos relatos trascendentes está asociada a la inexistencia de actores sociales y políticos que los encarnen, por lo que se deriva que el gasto de energía en ellos no resultaría en la obtención de réditos político-culturales.

En esta trayectoria de ocho años no fue demasiado difícil pararse frente a estas claras formas de heteronomía intelectual, porque aunque hayan tenido alguna presencia relevante, las transformaciones ocurridas en la última década y media actuaron develando tanto la ingenuidad de la mirada democrático-institucionalista, como el sesgo ideologizante de los diagnósticos sociales que fueron sustento de las políticas públicas que actuaban sobre los cambios drásticos en la estructura social generados por la revolución neoconservadora. Quizá resultó más complejo encontrarse frente a heteronomías derivadas de la pertenencia a una comunidad académica de sociedad periférica. Esto que puede resultar en la subordinación no problematizada a la agenda académica, se presenta de manera sutil, probablemente un tanto imperceptible.

Y en verdad, ese reconocimiento no supone ciertamente rearmar la agenda académica porque no tenemos esa capacidad, pero sí existe la posibilidad vital de tensionarla con preguntas. Y, para decirlo más claramente, el problema es un problema porque hay zonas que son sin lugar a dudas, seductoras. Sus propuestas en muchos casos son planteos de problemas universales de la teoría social y obviamente es parte de la responsabilidad intelectual valerse de ese estado del conocimiento como capital universal. De lo que se trata, sobre todo porque este conocimiento se produce sobre sociedades con anclajes históricos

singulares, es de formular algunas preguntas que sean armadas desde el aprovechamiento productivo y flexible de un capital organizado irremediamente por esa agenda, pero también por una relación con zonas más amplias del mundo político-cultural de la propia sociedad.

La hiperespecialización es quizás un ejemplo de extrema subordinación a la agenda y, por supuesto, de encasquetamiento cómodo en un pequeño nicho que permita circular en un transporte de segunda categoría por alguna secundaria carretera internacional. Claro, nuestra misma conformación como grupo tiene aspectos que evitan algunos encierros. Los integrantes del CECYP tenemos distintas identidades de origen: sociología, ciencia política, antropología, crítica literaria. Por esa misma conformación es que los encierros disciplinarios no se ven favorecidos y menos se sustentarán encierros en estilos de trabajo (etnográficos, cuantitativistas, etc.) que pueden ser cambiantes de acuerdo al objeto de investigación. La apuesta es que algo bueno puede resultar de esos cruces. Sin embargo, vale la pena insistir: en la medida en que las agendas académicas son parte de nuestras respectivas rutinas y que estas agendas son seductoras, puede ocurrir que la generación de preguntas tenga que ver exclusivamente con una replicación mecánica de esas agendas.

Y, ¿por qué eso es problemático? ¿Qué supone tensionar la agenda académica? ¿Tensionar en relación a qué? ¿Qué son las tradiciones intelectuales más amplias o zonas del campo cultural que trascienden la academia?

El artículo "Las astucias de la razón imperialista", de Bourdieu y Wacquant, publicado en el N° 5 (y bien criticado por Mark Healey en el N° 6), plantea un problema real. Y esto no tiene que ver con un estúpido chauvinismo académico, sino con una simple evaluación en relación a mundos centrales y periféricos en el ámbito académico. Hay una obvia desigualdad que se expresa de muchas maneras, pero sobre todo en la legítima capacidad (basada en mayor productividad, que puede resultar también en mayor calidad) para imponer la agenda. Y el problema es la relación que se entabla con esa agenda. Todos tenemos relación con esa agenda y es así. La cuestión es qué hacemos con esas propuestas. Las replicamos sin mediaciones ignorando que son el resultado de una actualización teórica sobre una especificidad social concreta o las procesamos en un diálogo relativamente desigual desde tradiciones culturales que han demostrado ser productivas por estos lares porque superaron un estrecho academicismo.

Gino Germani, el fundador de la moderna sociología argentina, a la par que proponía una perspectiva superadora de la especulación ensayística, reconocía que en el pensamiento social latinoamericano era posible

encontrar grandes ejemplos de lo que Wright Mills llamaba análisis social clásico. La influencia profunda del historicismo, y algunas de las características mismas de la cultura, predisponen casi "naturalmente", sostenía Germani, a la ubicación de los problemas dentro del contexto mayor de la estructura social percibida históricamente. Procedimiento que, reconocía, Mills recomendaba con énfasis. Esa tradición de pensamiento social que en la Argentina puede remontarse a José Ingenieros, Aníbal Ponce, Martínez Estrada, a la imaginación sociológica de Jaurétche y para acercarnos más al presente, a Adolfo Prieto, al David Viñas de "Literatura argentina y realidad política", a la experiencia de la revista *Contorno* y de una serie de grupos culturales politizados de la década de 1960, no es algo que el que quiera decir algo desde las ciencias sociales debe ignorar. Desde estos puntos se puede tensionar. El sociólogo que se constituyó en la figura intelectual más significativa en esta historia moderna de la sociología argentina, el "Negro" Portantiero, es tan heredero directo del mundo académico productivo inaugurado por Germani, como de referentes culturales como Héctor P. Agosti y Panchito Aricó. Cuando se mira a la sociedad argentina desde el lugar disciplinario que sea, con preocupaciones por estas cosas de lo social, no se pueden ignorar este tipo de experiencias y no por un tonto localismo, sino porque han promovido preguntas relevantes sobre la sociedad en la que estamos viviendo y porque sus buenas preguntas fueron construidas desde un lugar de cruces culturales y políticos que debe ser rescatado. Y debe ser rescatado, porque desde esos lugares se gana en autonomía. Se pueden construir problemas intelectual y políticamente relevantes. Porque al fin y al cabo, para qué diablos se está en estos lugares. Seguramente no para diseñar una ordenada y rutinaria carrera académica. Ser un académico puro en un país como la Argentina es quedar atrapado en una tranquila y gris subordinación que impide formular alguna buena pregunta motivada por la pasión.

La cerrazón en un academicismo estrecho, además tiene una dificultad adicional que se expresa bajo la forma de una especie de optimismo inmediateista. Pequeñas certezas de cocina que terminan siendo glorificadas, y que nos alejan de una saludable sospecha (por supuesto cuando no se transforma en inmovilidad) que debería andar rondando por la cabeza de todo aquel que quiera decir algo seriamente sobre los bichos humanos, y es la de estar transitando por una especie de absurdo, por una región cuyos designios están en manos de distraídos dioses subalternos. Quizá, para una revista académico-cultural con vocación política, en un contexto en donde la relación con la cosa pública no está iluminada por un horizonte de mundos nuevos por venir, puede ser una buena apuesta intelectual recuperar aquello de "pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad", escrito

en un cuaderno desde una cárcel italiana, o si se quiere, lo del ensayista y periodista estadounidense Henry Louis Mencken (el que en la década de 1920 pudo ser crítico de su propia sociedad hasta la exasperación), cuando quizás intentando olvidar que era hijo de un humilde obrero de Maryland, afirmaba que un caballero tiene la obligación (intelectualmente hablando) de no ser optimista.